

Reverencias destronadas

Por Simón Pérez Londoño
Grado Undécimo



En Colombia hay una clase dirigente y burocrática, que ha dominado al país a su voluntad. Esta comunidad, que se ha disfrazado de cultura y de compasión, ha brindado en sus suntuosidades por los desbalances del mismo pueblo al que Subyugan con toda la fuerza posible. De la manera más vil invierten casi la totalidad del dinero público en armamento, no para cuidar las fronteras de ataques extranjeros, sino para apaciguar las inconformidades que ellos mismos crean. Muchos de los que han estado en el poder, según se puede juzgar con las consecuencias que sus gobiernos han dejado en el país, han sido los grandes enemigos de la consolidación del territorio, del crecimiento de la generalidad. No podría menos que aborrecérseles, porque ellos mismos son execrables por los efectos que hoy en día se ven.

La realidad, la poca cultura en las ciudades, no son consecuencias de un destino definido. Todo esto, me refiero a la miseria en la forma de vivir de la mayoría de los colombianos, se debe a planes maquiavélicos, desde hace muchos años, que se han ido forjando desde unas élites hipócritas y poco ilustradas. Mientras una clase se regocijaba con la inyección de cultura europea por las venas, la mayoría de los habitantes se debatían entre la adquisición del sustento mínimo. Y más allá de las acciones cometidas por quiénes se han jactado del poder, hay que precisar que el sólo hecho de tener élites definidas para el poder ya es indicio de un fracaso ingente en la estipulación de un gobierno. Cuando se crean beneficios particulares, según la teoría política de Rousseau, en un estado, la voluntad general se ve lacerada en un alto grado. El sólo hecho de tener a unos señores, pendientes del dinero de sus propios bolsillos, en el poder, nos ha imbuido en la miseria que nos carcome y no es para menos.

Hasta el día de hoy el pueblo colombiano se ve quieto inerme cuando ha intentado levantarse lo han humillado con las armas que los gobiernos compran con su propio capital. Todavía se escuchan los gritos de Gaitán, desde el fondo de la tierra, proclamando las injusticias. Y los temibles asesinatos que debieron ocurrir, no conocidos popularmente, con los jóvenes que se sublevaban de un momento a otro clamando coherencia. Mientras que debajo de la manga se asesinaba por pensamiento y por intereses particulares, no comprensibles para todos, los políticos tradicionales se posaban como las reverencias predilectas que un pueblo reconoce y venera. Las naciones extranjeras se aprovecharon de unos fantoches, algunos que hablaban latín y otros que leían y poseían más biblioteca que casi todo el país junto, para utilizarlos como mayordomos o ¿cómo más se puede explicar la historia que una clase se ha favorecido del empobrecimiento de otra?

El papel de juzgar nos corresponde hoy a nosotros. Pero hoy en día también se ven las balas que asesinaron en otros tiempos y la juventud se ve parapetada por las disposiciones militares que estas élites han planteado. Qué cosa tan triste

es ver cómo el pueblo se ha dejado militarizar el país para defenderse de sí mismo. La filosofía no ha crecido aquí, porque sólo está permitida la legitimación de otras culturas y sólo, la planeación educativa desde el gobierno, tiene en cuenta lo útil para las empresas que hacen de patrones en este caso.

La diferencia, la lucha y el razonamiento no es, lamentablemente, el común denominador en las calles de este país. Y repito, hay que buscar los culpables, porque no es el destino del divino niño el que ha elegido a una clase con superioridad y más beneficios que otra. Ese cuento de los elegidos hay que borrarlo ya en Colombia, porque si no vamos a seguir en la ignominia de andar rebuscando limosna por todo el mundo.

Mientras la democracia se fortalecía en otras partes, aquí nos matábamos entre nosotros por ideales impuestos. Y cuando ahora se debaten temas de las más altas abstracciones en ciencia y filosofía, nosotros estamos pensando en la cultura de ser emprendedores y de dominar los idiomas que marcan el mercado. Por eso es que no somos los que nos proponemos sino los que aceptamos, los que tenemos que salir a estudiar a otras partes si queremos calidad. No veo más culpables que los de esa élite que ha estado en el poder, o detrás de él, cuidando el ganadito de empresas que les dejaban la limosna que los hacía sentirse con altivez al lado de la gaminería que fomentaban aquí.

Creo que hay un solo paso, claro y evidente, para salir a la superficie del lodo que nos invade; es que debemos sacar de los solios a los títeres que han compartido la gloria con la miseria general. Podríamos ver cómo las calles se llenan, de belleza y de fuerza, para darle vida a una nación opaca. Podríamos destruir cuanto trono encontrásemos a nuestro paso, porque el resultado de esos símbolos sólo nos lleva a la catástrofe. Colombia no necesita seguridad para cuidar ganado, ni falta de cultura para incrementar los mafiosos. Ahora la labor es del pueblo que tiene la responsabilidad de retomar su poderío, de rescatar las sublimes voces que gimen desde los cementerios. Un país que se regocije de sí mismo, que alabe sus grandezas y no sus residuos, debe despreciar todo lo que hasta ahora ha ocurrido.

Se requiere más que fuerza. Porque hasta ahora, con las vías de la competencia que impone la educación, es imposible. Todavía, en los amaneceres de este territorio, cabe la ilusión de una sociedad abierta a todas sus posibilidades. El país, desde su naturaleza, sueña con la consolidación de la economía y con el derrumbe de las élites y reverencias perniciosas para su bienestar. Los segundos de la historia le darán la razón al pueblo y pondrán delante de la sociedad a los delincuentes que han sumido a la nación en el pantano más absoluto.